

LA ENTEREZA DE UN OFICIO ANCESTRAL (I)

Ángel Luis Riquelme Manzanera

UNA EXPERIENCIA PARA DESCRIBIR

A partir de este instante, cumplo un viejo deseo de escribir una serie de artículos para esta revista, en relación con este tema de especial significado medio ambiental, antropológico y cultural, inmerso en el territorio geográfico de nuestra, hoy joven, Comunidad Autónoma, basados en un hecho casual que cambió mi forma de pensar sobre aquellas cosas que, en plena juventud, se consideran intrascendentes. Ha transcurrido un periodo largo, muy largo, más de treinta años: ¿o quizá treinta y cinco?, cuando comencé a recoger y recopilar un “pequeño archivo”, de datos y curiosidades sobre la materia, en el que me apoyaré para evitar ser repetitivo o coincidente con la mucha bibliografía, documentación, memorias, informes y otros muchos textos publicados, sin perjuicio, de recurrir al uso de este extraordinario legado de eminentes autores, como ayuda a la imprescindible memoria que el tiempo debilita. Un tema de carácter etnográfico, que fui aplazando por dejadez, “sine die”, y que pudo aproximarme a la creación de un trabajo personal que me atrapó durante años, pero que hizo desistir del planteamiento de editarlo en imprenta como consecuencia de la excesiva saturación de esta temática en librerías, archivos y bibliotecas.

No obstante, siempre me quedó el arrojito a la curiosidad de un altruista interés por adquirir el máximo conocimiento sobre esta actividad arruinada en nuestra Región, con el fin de coadyuvar con mi humilde aportación a una visión, desde mi óptica de la utopía y esperanza, a la recuperación y rehabilitación de tantos espacios de la geografía murciana desahuciados y abandonados, circunscritos a las minas, su entorno y las inmediaciones afectadas, que ocupan una cifra de cientos de hectáreas de superficie de extraordinaria calidad, desaprovechada y baldía. Este



Mapa geológico de las sierras mineras de la costa de Murcia.

interés, percato incluso desproporcionado, me condujo a enfrentarme con la realidad de una situación dantesca y apocalíptica que nunca advertí imaginar.

Me refiero a introducirme, aunque me centraré exclusivamente a las crónicas y vicisitudes de una actividad, concretándola en el oficio que la desempeñó, a la que desde hace algún tiempo se ha denominado acertadamente por sectores ecologistas, asumido por algunas administraciones públicas del territorio español, y otras restantes que deberán reconocerlo, como: *“Patrimonio Histórico, Medio Ambiental y Minero de las Regiones de España”*. Detalles y signos materiales de la actividad de explotación de vetas y filones que el hombre extrajo del fondo de la tierra para su necesidad y evolución, y que, podríamos

decir, se encuentra desarrollada, a caballo, entre lo industrial y lo histórico. Situación que he estudiado y seguido con minuciosa atención desde mi sencilla peana de la temporalidad (*milagroso el día de cierre y clausura del vertido de estériles y detritus en la Bahía de Portman*), observando con profundo agradecimiento generalizado, el gran esfuerzo y empeño de los Organismos e Instituciones oficiales, en la recuperación, rehabilitación y puesta en valor de estos espacios muertos, dormidos digo yo, de excelentes virtudes y cualidades para el aprovechamiento y herencia de las generaciones futuras. Pero quedan para gestionar la recuperación de otros muchos espacios similares próximos al de Portman, El Gorquel; Alumbres; Barranco; Borrricen; El Ferriol; El Porche, y, un número incontable, descritos en su libro de *“Los pueblos de Cartagena”*, por D. Juan Antonio Gómez Vizcaíno; sin olvidar el libro clásico, legado con todo detalle sobre la toponimia de esta diputación, del inolvidable profesor D. Ginés García Martínez. Amén, de los espacios medio ambientales a regenerar que trataremos en los próximos capítulos, de otros puntos distintos pero dentro de esta misma falla sísmica y correspondiente a la línea de vulcanismo en nuestra Región. Ambos fenómenos coincidentes, según prestigiosos estudiosos y científicos en la materia, en esta tierra del mediterráneo occidental en el sureste español.

No obstante, es mi intención dedicar buena parte de este trabajo ciñendo su protagonismo, en el hombre, en el minero, en este oficio milenario de imagen, perfil y figura desterrado a la marginalidad, seguramente uno de las labores más antiguas desde que se irroga de inteligencia, cuyas condiciones de vida y supervivencia han estado sujetas a los distintos acontecimientos de nomadismo, localización y extracción, lítica o mineral, que ha marcado el devenir del asentamiento de la propia especie humana.

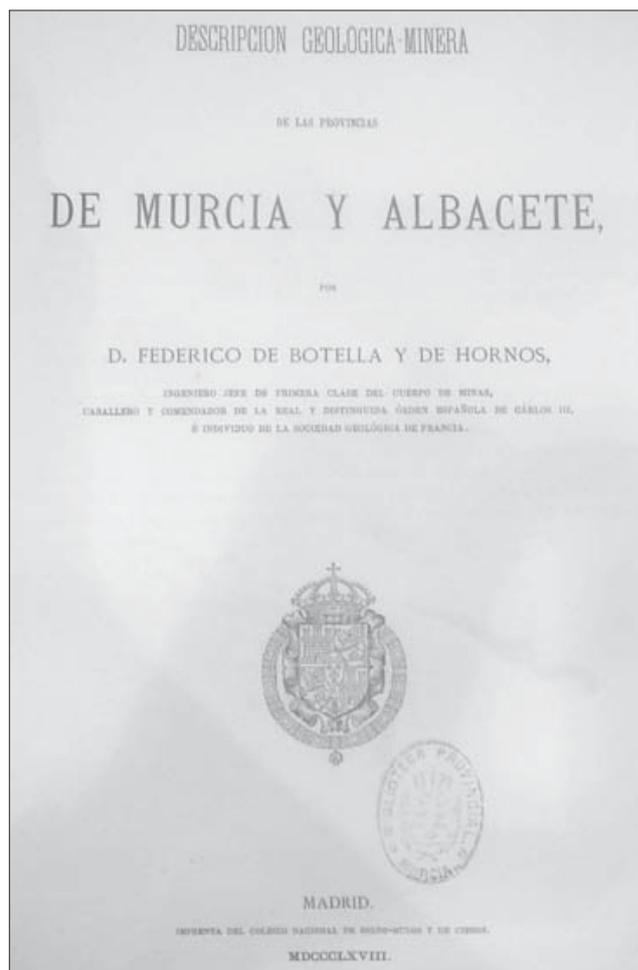
Y aquí comienza mi periplo, al que me tengo que referir obligadamente, en virtud de que sirva de tenue introducción, a que insto se entienda aleatoriedad del suceso que motivó mi interés por el tema, cumplimentándose ahora con la confección de estos capítulos que continuarán.

Transcurría un día cualquiera de esos del caluroso mes de Agosto, allá a comienzo de la década de los años 70, periodo esbozando introito al desarrollo turístico de la costa playera murciana y tiempo de canícula durante el que, mientras se procedía a ese ingrato esfuerzo y sacrificio que mana sudor y lágrimas en el castigado cuerpo del agricultor y cavador campesino, postrado a pleno sol en ese trasiego laboral de la recolección del grano allende de las proximidades del mar, impactaba, contradictoriamente, con el privilegio de eufórica imagen asunta al intruso “sui generis”, en ciernes de gestación masiva por toda la costa mediterránea: “el veraneante”, ó, “transgresor del medio ocupado”, inmerso en la vorágine del relax y el placer vacacional que, a lo largo de este corto periodo, toma de suyo para disfrutar de un mal llamado descanso personal.

Como era habitual, mi familia -y yo con ella-, al igual que cada verano en esas fechas, nos encontrábamos alojados en un apartamento de la playa de Bahía en el Puerto de Mazarrón. Después de una larga velada de tertulia, fiesta o paseo, los efectos del cansancio imponían el acostarse, pese y no obstante a intuir el colosal enfrentamiento debíamos mantener en la cama, siempre esperando la entrada de una ráfaga refrescante, o, conseguir el dominio psicológico para reducir la temperatura calorífica de nuestro pertrechado y agitado cuerpo, situación que los científicos (fijémonos como afinan), llaman “inercia de energía cinética”, generada en nocturnidad a consecuencia del movimiento por fricción o rotación física durante las últimas horas. Aspirar a dormir, era el efecto más deseado. Qué titánica concen-

tración mental para conciliar el que debía ser, emergente sueño reparador.

Aliviado el consciente una vez superada la vigilia, entrando en lo que los neurólogos determinan etapa REM y posteriores cuatro fases cíclicas, no creo recordar que, alguna noche, pudiera alcanzar la segunda. Y entonces la odisea cotidiana de llevar la almohada sobre la cabeza. Pocas horas más tarde, con el crepúsculo del amanecer, cuando la aurora se viste de rampantes líneas de sedosa claridad a través de la ventana abierta de mi habitación orientada al Norte, se oía llegar el descalabro ruidoso y penitente sonsonete de maquiavélicas máquinas de construcción (-época que el urbanismo comenzó a devorar los terrenos hasta los farallones de los montes perpendiculares a poniente-), con desagradable desconsuelo para el durmiente, en el cruel y penitente amanecer. Digo esto, porque es un peso irritante que, con su relato, alivia la negatividad de su carga. Realidad de un instante sobrevivido que recorre mi memoria, cual película desplaza una cortina interminable de imágenes iniciadas con ese silencio de absoluto sepulcro mutante, acelerándose al compás del tibio vibrar, generando desagradable murmullo, y, finalmente progresando hasta el ruido infernal. Era el sonido del infame despertador descontrolado, procedente de las obras que elevaban las estructuras de los edificios colindantes hacia un cielo azul sin protesta. Además, a esta contingencia se le añadía el también producido al otro lado de las cercanas cumbres del monte, enervando los nervios del más paciente. Sin duda, estruendo reconocible (recomendable malicia, sería el invitar al enemigo a esta experiencia), siempre puntual y obsesivo, indicando la monótona apertura que pone en marcha otra jornada artesana de sangrante sudor; metáfora de orquestada coral polifónica, lúcida y productora de desafinadas notas musicales, galopando junto el desatino liberador de un *Febo* abrasador. Combinación de odiosa musi-



Vademecum geológico minero de Murcia de D. Federico Botella y de Hornos. 1868.

calidad, achacable -vaya mi respeto por delante al ruido-, a la ingente autoría de movimiento de piedras, metales, griterío, mecanismos y herramientas tractoras, bajo la triste función obrera ejerciente durante aquellos días de labor.

A las mismas fechas y sucesivas me remito en el recuerdo, con la nostalgia de una época constreñida a mi pasada juventud, cuando surge aquella fuerza arrolladora en mi interior que predispuso un interés exacerbado -de esa casual circunstancia apuntada que después detallaré-, por cuanto representase o significase el conocimiento, estudio o averiguación personal, referente a la aventura que desde su mismo origen, el hombre, tomase la decisión de excavar la superficie o sumergirse subterráneamente perforando fosas indescriptibles en busca de materiales descono-

cidos que supusiera descubrir el invento de la aplicación de su uso en beneficio propio. En este aspecto me identifiqué, aunque tardase tiempo en reconocerlo, con el espíritu viajero y romántico de las obras de ficción de *Verne y Wells*, de clara apariencia ética y simbólica, intentando explicar las posibilidades del animal dotado de logos (palabra y razón), expresión de la inteligencia entendida por *Heráclito*, y, el futuro de la ciencia como reflexión filosófica sobre la metodología, apostando por resolver favorablemente los problemas. Es así, la atención prestada a tenor del empeño modal, que nos proporciona el proceso evolutivo entregado a la fe y la técnica experimental, respecto al hecho conductivo del conocimiento que nos lleva a resultados de conseguir o alcanzar el propósito, proporcionado por la oportunidad; primero extrayendo piedras y minerales que incluyó en su sistema de supervivencia productiva; conveniencia defensiva y aplicación a sus necesidades, y, después, incluyendo los metales preciados a su desarrollo de fuerza y poder, a los que concedió valor intrínseco de riqueza y cualidades de ornato estético-decorativo en su calidad de vida e imagen soberana.

Por ello, en los textos que iré despejando (en esto que he dicho entender colaboración y homenaje particular a esa arcaica actividad del minero de nuestra geografía murciana), inserto este previo y corto preámbulo -sólo a modo de comentar la ocupación de nuestras horas de mayor espera-, en relación con actuaciones físicas y mentales de carácter inútil, que tenían la única finalidad de la banal diversión en las noches de veraneo. Simplonas visitas a la que conocimos por sala de fiestas “Balandro”, o, a falta de suficientes medios económicos, ingenuas practicas astrales con prismáticos y telescopios de colegio, dirigiendo nuestra mirada al amplio campo que se abría en pantalla espectacular apuntando a las alturas del firmamento. Que ilusorias fantasías recorrían nuestro pensamiento.

La imaginación contra el aburrimiento, mediante la elucubración con las cosas sencillas, pero teníamos por norma desde años atrás, contemplar la infinita pléyade de cuerpos luminosos e incandescentes del cielo esperando localizar la llegada de aquella estrella, la del mes de agosto, la más brillante del Can Mayor, la de Sirio, compañera de las 80 que forman el conjunto formado por la constelación austral, situada en el borde de la Vía Láctea.

Aquél agosto, cuando unos meses antes, en Mayo de 1.971, se acababan de celebrar en Cartagena las “IV Jornadas minero-metalúrgicas nacionales y II internacionales”, y, la publicación, en honor al *Dios Aletes*, de uno de los libros más interesantes en materia de minería histórica: “*La minería en Cartagena. Historia sucinta*”, redactado para la ocasión, en base a otros grandes ensayos análogos propios, por el erudito y cronista de la ciudad, D. *Eduardo Cañabate Navarro*, coincidía mi predisposición juvenil a la fatua diversión y febril entretenimiento, sin augurar que, ese mismo mes de verano, supondría sufrir un impresionante choque de efecto, al encontrarme con aquel espectacular montaje constructivo de castilletes, pozos y galerías, en paradójico desmonte del subsuelo, cuya panorámica confería un territorio empobrecido, arruinado en su fisonomía externa, sórdido y desértico, abandonado a su suerte, consecuencia del tullido perforador, bien a cielo abierto o pozos de los que partían, surcando su interior, infinitos e inmisericordes túneles dirigidos a la veta extinta, en beneficio del enriquecimiento de algún avisgado hacendado particular, que por regla general fueron compañías extranjeras, francesas, inglesas, alemanas, belgas... que más da. Iniciativa respaldada y autorizada por la jerarquía gobernante de cada época, motivada en todo caso, a cambio del cumplido pago de pingues rentas con destino a mantener la posición social o la fuerza y el poder dominante.

Pero antes de este encuentro con las minas, no fui consciente de su interés. Continué en sarcasmo de aspiraciones, ajeno a una necesaria formación y maduración individual (al igual que todos mis amigos en aquellas fechas), aunque despuntando la evidente forja de perfiles autodidactas e independencia personal que requería aquella época donde el movimiento “hippy” estaba de moda, liderado por el grupo estadounidense “*Jefferson Airplane*”. En ese trance, anduvimos enfrascados entre programaciones musicales, lúdicas, ociosas y de entretenimiento, cuantos jóvenes componíamos la “peña”, pendiente de esa otra futilidad, exponiendo diariamente información sobre los visitantes playeros recién llegados, y ante todo, intercambiar apetencias y conversaciones sostenidas en relación con las chicas del lugar. Como decía la canción: “Que tiempo tan feliz...”. En cualquier caso, una tarea más de las que constaba, cada verano, la agenda diaria. Guión espontáneo para cubrir el tiempo que tienes libre, contrario al descanso, obcecados sin pausa, en la frivolidad del ajetreo, animada agitación o trasiego desenfrenado, en cúmulo cambiante y alterado sobre la posición o el lugar del grupo puntualmente convocado.

Introducirme con lo anteriormente indicado, me traslada al hecho por la que baso la confección de este artículo y siguientes, razonando el mantener amistades y además incrementarlas. Nuevamente el recuerdo me obliga a comentar lo sucedido, sintiéndome orgulloso de haber siempre gozado de una magnífica relación de reciprocidad por parte de muchos amigos y amigas, los de costumbre y tradición. Pero aquel verano, conocimos a *Paco Ramírez*, un joven de mi edad, cuñado de nuestro buenos y queridos vecinos, los Cerón, que desde Madrid se había desplazado a esta residencia de su hermana y cuñado, para relajarse y disfrutar, buena parte del mes de Agosto. La proximidad de vecindad, pared por medio, permitió un trato continuo y fluido que rápidamente fructificó en estrecha amistad, pues



Mapa con las sierras mineras de la Región de Murcia.

en breve, hasta de nuestros más superfluos secretos de lejanos amoríos femeninos, fuimos cómplices cautelosos. Afable y mejor conversador, culto y de trato agradable, y, para más señas, noble, sincero y generoso, permitió con rapidez estrechar lazos de confraternización, solidaridad y camaradería. Teníamos semejantes aspiraciones, gustos parecidos y nos encontrábamos en igualdad de condiciones físicas, económicas y sociales. Salíamos con la vehemencia de jóvenes libres y sin obligaciones, allende las discotecas y cafeterías, en busca de amistades del seso opuesto para conversar, que no del sexo, pues en aquellos tiempos éramos conscientes de lo impensable de alcanzar la inmediata conquista sentimental o conseguir la imposible entrega de su más invulnerable y sacra intimidad.

Pasaban los días, y, uno de ellos, le comenté a Ramírez, que yo debía materializar un compromiso adquirido al princi-

pio del verano con un viejo y querido amigo de la infancia, *José Antonio Franco Mercader*, que veraneaba en Los Alcázares. Ciertamente, nobleza obligaba a invitarle a que me acompañara al viaje consistente en hacerle una visita a “Franco” (que así le conocíamos amistosamente), con la finalidad de que me presentara a su madrileña amiga *Maite* (hoy feliz matrimonio de más de 30 años, y dos hijos de orgullosa estirpe), además de exigirle cumpliera la promesa de invitarme a una buena comida, y, por supuesto, sin faltar la guinda del atardecer ejerciendo el oficio de “barrero” (entonces individuo que se tomaba una copa en la barra de una cafetería o discoteca), recorriendo los locales de moda, objeto de reunión y bullicio de aquella zona costera que ya vislumbraba despunte y progresión cosmopolita. Convinciente la propuesta desde mi particular óptica, dado el caso de llevar varios días repitiendo lo mismo, y observando la evidente monotonía de actividad, le pareció acertado salir de aquel espíritu mazarronero, extenuado por nuestro machaque de sibilina territorialidad, acordando partir a primeras horas de la mañana del día siguiente. La única objeción estribaba en elegir vehículo, y puestos a discernir entre su recién estrenado Renault-5 y mi paupérrimo Seat 850 Especial, decidió inteligentemente ser el conductor de su coche.

La luz de aquella temprana alborada tras el horizonte era brillante, deslumbrante, casi cegadora. Montamos en el coche y a la vez que me acomodaba como copiloto, comentando respecto a pequeños detalles propios del contenido de nuestras mochilas, surgió distraídamente la imagen olvidada de verme en la posición de estar sentado en la banqueta de quien goza de la máxima plenitud del viaje al disponer de total libertad para disfrutar del paisaje.

Nunca podría imaginar que aquella agosteña mañana, marcaría un pasado y un después en mi trayectoria personal con respecto a los aspectos íntimamente vincu-

lantes con los asuntos de mi tierra, de mi provincia entonces, de mi murcianía. La incitante preocupación por el sentido e inusitado interés de lo que mis ojos contemplarían, produciría una efervescente ansiedad ante lo desconocido; a la vez que, sin saberlo, me creaba la incipiente forja de provisión hacia la madurez y sensatez esperada, cualidades implícitas a juicio y prudencia, en el introito caminar del adulto que se desarrolla, como era mi caso. Cuanta coordinada del universo físico ha permitido desde entonces ordenar las secuencias adscritas a mi pasado y presente, influenciado posible, seguramente, en el futuro de los sucesos que me pertenecen o quizá tendrán lugar en la proyección que acontezca en adelante hacia el ámbito de lo desconocido.

MONTES Y SIMAS MINERAS

Nos pareció más ameno viajar junto a la costa, y por ello, el trayecto consistió en dirigirnos hacia Cartagena por Isla Plana, dejando la Azohía por la derecha. Llegado a la ciudad portuaria, atravesamos Santa Lucía, poblado de antiquísima herencia de pescadores, y, del que cuenta la leyenda fue punto de desembarco del *Apóstol Santiago a la Península*, conforme expuso en su magistral discurso *Alberto Colao*, siguiendo las argumentaciones de *Fray Leandro Soler*. Atravesamos algunos túneles y calas cuando nos dimos de bruces con la Refinería de Escombreras. La vista, pues, una maraña innumerable de tuberías y tanques fijos esféricos y circulares de dimensiones ciclópicas, sobresaliendo sobre la superficie. Instalaciones espectaculares, cuyas chimeneas y zonas diversas manaban fuego y humo, como si de dragones enfurecidos, enjaulados entre sierras, se tratara. Ambos quedamos tremendamente sobrecogidos por la magnitud de aquellas factorías de las que no teníamos constancia iríamos a conocer, de lo que sospecho, dejaría sin aliento al más atrevido personaje retando riesgo y peligro de aventuras. Realmente, éramos conscien-

tes que aquella inmensa mole de hierro, denotando extrema actividad por los distintos y descomunales barcos en proceso de carga y descarga en la bahía y puerto, mantenía los máximos niveles de control y seguridad exigidos por la legislación, pero sin duda, lo que no se puede evitar en ese instante, es enfrentarse con temor a una panorámica de aspecto dantesco, inspirando, conforme te aproximas, extraños escalofríos en quienes son ajenos a su funcionamiento y habito ocular. En ese momento comprendí, el pavor manifestado en nuestra familia, por primos y tíos carnales con residencia en la milenaria ciudad, instantes antes atravesada, aludiendo a un impensable y supuesto accidente en dicho lugar, donde los depósitos de combustible, añadidos a la extinta concentración de almacenes de pólvora y dinamita, para las canteras y minas, ubicados en esta zona, como mínimo desde el 17 marzo de 1.747, día de triste recuerdo para Alumbres Nuevos, con la explosión que sufrieron, y la muerte de 18 personas. Estos mismos almacenes tuvieron repetidas explosiones a finales del S. XIX y principio del XX, según consta en el libro *“Los pueblos de Cartagena”*, de Gómez Vizcaíno, pero entonces, no existía Escombreras. ¿Qué habría sucedido si se hubiera repetido semejante accidente funcionando a pleno rendimiento como en las fechas que expongo en la refinería?. Mejor no pensarlo. Un par de años después, supe que los almacenes de pólvora y dinamita, habían cerrado.

Superado aquel entramado montañas de altivas alturas de metales grisáceos, optamos por seguir el itinerario. En un cartel de señalización leímos: “La Unión” indicada a la izquierda y “Camino a las Minas de...” dirección a Alumbres, a la derecha. Sepamos diferenciar, intercalo para su comprensión, que a este lugar en el S. XVI, se le denominó Alumbres Nuevos, puesto que los Alumbres Viejos, estaban en Mazarrón, y ambas explotaciones de alumbreras, propiedad que fueron de los Marqueses de Vélez y Molina. Con la



Castillete metálico correspondiente al pozo de la mina “Nuestra Señora de Monserrat”. Dicha mina se encuentra ubicada en el famoso Cabezo Rajado, término municipal de Cartagena y La Unión. La profundidad de este pozo es de 455 metros, tiene 15 plantas, la primera se encuentra a 84 metros de la superficie y la última a 431 metros. Este pozo está dotado de jaulas-ascensor, para la bajada y subida del personal a los más profundo de la mina igualmente para la extracción del mineral, éste por medio de vagonetas. El guionaje para el deslizamiento de las jaulas es de madera. El mineral extraído es el plomo, blenda y pirita. La Unión.

desaparición de Alumbres Viejos al cerrar las minas de Mazarrón, el único pueblo minero constituido con una gran consistencia urbana, ha sido Alumbres Nuevos, simplificado por la propia voz popular de los vecinos, como Alumbres. No obstante, este poblado, posiblemente ocupado y desocupado, según interesase, nos proporciona un testimonio de su antigüedad e importancia, mediante los Fragmentos Histórico-Eclesiásticos y Seculares del Obispado de Cartagena y Reino de Murcia del S. XVII, escritos por Hermosino y Parrilla, que dice: *“... a la distancia de un legua de la ciudad, hay un lugar llamado los Alumbres, por ser minas de donde se saca la piedra llamada “alun”, por ser tan necesaria para todos los usos: la una mina es de color encarnado y esta es muy antigua, pues hallamos, que el Rey D. Alonso El Sabio la dio por Juro de Heredad a su hermano D. Manuel; la otra mina es de color blanco y hará poco más de doscientos años que se descubrió: hallase también en ella alguna poca plata; pero de “alun” mucha abundancia...”*

Sin arredrarnos e intentando acercarnos nuevamente a la costa, nos introducimos ignorantemente hacia una vereda polvorienta, tratando de averiguar lo que nos ofrecerían aquellas sierras.

Sin dejar de ascender durante un buen rato, mi campo de visión era completo. Nos acercábamos a un espacio irreconocible, transformado, pensé, por la mano del hombre durante siglos para obtener los recursos naturales mediante la explotación del terreno que de siempre contuvo sustancia: “... *sólida, homogénea, de origen inorgánico con composición química y estructura interna definida y estable dentro de ciertos límites físico-químicos*”, tal y como apunta *Galán Huertos*. Pero eso queda para mayor especialidad técnica. Pasaban los minutos, notando como se agitaba mi respiración. Aquella extraña concepción de ser pasajero, sin estar habituado, permitía dedicarme esa esmerada atención a todo cuanto resultase agradable a los ojos. En ese instante, aún temiendo no saber por donde saldríamos, llegamos a una cima divisando crestas y picachos de indescriptible color. Como tratándose de un mundo misterioso y mágico descubierto, se produjo un encuentro de emociones inquietantes y conmovedoras en comunión transmitida por aquellas lejanas sierras mineras a cielo abierto. Miraba sin parpadear. Por unos segundos, al entrar al escenario, la orografía y los edificios abandonados, me ocultaron e hicieron perder el contacto con el enfoque proyectado en mi retina. Seguía buscando insistentemente la panorámica fotografiada y almacenada en mi mente durante décimas de segundo. Y como una aparición, justo allí volví a encontrar el ambivalente silueteo pétreo, capricho de la naturaleza y oferente a las disquisiciones del hombre por escudriñar sus entrañas para vaciarla de los preciados y ricos tesoros contenidos. Punto de altura suficiente, confluyendo con esa perspectiva dominante del águila sobre el territorio alunizado, contemplaba el más inusitado de los paisajes.

Cráteres del tamaño superficial de una ciudad y simas de profundidades desmedidas, cuyas soleras cubiertas de agua empantanada, descompuesta de verde mohoso, eran motivo de especulación para lucubrar sobre la conciencia del autor de tan tremendo desastre, conformaban el amplio espectro fantasmal, convulsionado, aún más, por la soledad y el silencio envolvente de un abandono generalizado, atezado a su latente obediencia, aunque suavizado, rehuyendo desfallecer, por el sosegado y dúctil soplo de brisa que olía a yodo del mar cercano.

Nuestro comentario, socarrón por el solazo intenso, ardiente, que ya se dejaba notar, y, el espectacular ensayo de agresión terrenal avistado en aquel acontecimiento, dejó impresa huella de la que sustentó fuerzas para dejar constancia de desproporcionada experiencia, que me prometí, como para otros casos, escribir de ello algún día, el merecido texto, bien novelado o investigado, recogiendo mis impresiones, vivencias y aportación de personajes, basándome en las visitas que realicé en años posteriores. Y aquí estoy, mucho tiempo después, con más modestia que pretensión, pues realmente cuando comencé a estudiar la materia, me convencí de que la carga bibliográfica había sido soportada por tantos y tantos especialistas, amantes y defensores de esta temática, de los que daré buena cuenta de parte de ellos (*-perdóneseme a los que no nombre que serán muchos por la cantidad existente y la imposibilidad material de citar todos en estos cortos artículos de superficie-*), a lo largo de este y los siguientes capítulos, quedando por ello satisfactoriamente liberado. Mejor aún, aliviado del sentir conferido al compromiso de evacuar o confeccionar un texto documental, que consideré con evidente limitada ambición de presumible autoría personal. Plasmar con tinta negra sobre blanco papel las gráficas inteligibles para comunicar y transmitir todo lo que supusiera un apunte, nota o

esbozo de la vieja y cansina mina abandonada, extenuada hasta la saciedad de su esquilmo, dejando la drástica imagen de la explotación, por la avara hambruna de los hombres que así lo decidieron, me irrogaba la acción reconocedora de aspirar a promover y sensibilizar sobre el inicio del proceso recuperador y restaurador de la memoria histórica que sustenta el alma inerte del subsuelo, integrado en un medio que como el agua, el mar y el aire, pertenece, por igual, a todos.

Sin pretender llegar a este sitio, años después averiguaría que habíamos estado en el “Cabezo Rajao”, anexo al poblado de leyenda conocido por “*Iluro*”, del que escribe *Estrabón*: “...*aldea minera que primitivamente se explotaba el alumbre sin profundizar en busca de mineral más noble; pero los íberos a poco que investigaron hallaron plata y cobre nativos, y minerales de estaño, y, de ello buen comercio con el fenicio hicieron, además de fabricar puntas de lanza de cobre y bronce, así como crear orfebres adornos de plata para sus mujeres, y de pedacitos de este metal, emplearlo como moneda*”.

Dejamos aquel laberinto infernal, errando una y otra vez la correcta salida, malaconsejados por la premura causada a consecuencia del sobrecogimiento del lugar y, desde luego, cierto temor a pérdidas innecesarias de tiempo. Pasados momentos de tensión, con la tranquilidad de estar incorporados al asfalto, hablamos y hablamos del asunto, pero con el criterio de haber compartido el rito de unos minutos de paz y solaz. Solar inmisericorde, de un espacio físico, el visitado, lleno de embrujo deslumbrante, poseído de brillos y luces trepidantes en mezcla con la tibieza de la calima invasora de la noche anterior, aposentada sobre las laderas de aquellas simas gigantescas. Menos memoria tengo de lo ocurrido a lo largo de ese día, aunque cómplice de con quienes estuve, omito comentario por ser indiferente a este tema del que trataré en varios capítu-

los, referidos a toda la Región de Murcia, y cuyo aporte sería la intrascendencia de una reunión de buenos amigos.

El conocimiento, que nos enriquece con la proximidad y acercamiento a los espacios singulares, dice *Aristóteles*, sólo se adquiere con la percepción que establece la sensibilidad. *Kant*, sin embargo es más radical, al dejar el mismo conocimiento en manos exclusivamente del entendimiento. Y para *Hegel*: “... *el conocimiento es el medio por el que la conciencia puede acceder, desde la pura inmediatez*”. No obstante, los tres, concibieron partir de la negación y la determinación dialéctica a la realidad efectiva y libre como superación de pluralismo y enajenación conductiva, ajenos a la identidad o heterogeneidad que somete al individuo.

Cualquiera de estos conceptos es válido para mi, sin perjuicio de sus diversos matices. Habíamos regresado y pasaron varios días, cuando tuve que trasladarme desde la Bahía del Puerto de Mazarrón a Murcia, por asuntos familiares. Después de aquella fotografía grabada en mi mente de las Minas de La Unión, adquirí una especial atención a toda la orografía que mis ojos recibían. Verían asombrosas mediciones y operaciones geométricas visuales en el horizonte, en búsqueda de continuos contrastes de coloración, brillantes, ácidos, consecuencia de los movimientos de piedra y arena sacadas de las entrañas de la tierra, que pocas fechas antes había contemplado.

Nuevamente, se produjo ese mismo contacto visual como el acaecido fechas pasadas en La Unión. Subiendo la cuesta de la carretera saliendo por el montículo del pueblo de Mazarrón, frontera de contacto hacia el interior de agrestes campos anejos al Guadalentín, ascenso coronado hermano del macizo montañoso que contiene toda la prosapia y esplendor del acontecimiento histórico, herencia de un pasado que le convierte en el más puro ejemplo de la conservación de un oficio milenario, volvía a contemplar con avari-

cia aquél milagro. El sugerente colorido de la tierra convulso de ocres, grises y rojos inimitables; la belleza del recorte de las sierras mineras en el azul del horizonte; la atracción por el misterio de las enhiestas torres arruinadas, nombradas por castilletes; la magia fluyendo de las bocas de sus múltiples pozos engullendo galerías preñadas del aura de cientos de personas que las ocuparon al límite del incierto e inminente peligro; advertía cuanta evocación puede sentirse para expresar una pasión que te llena el alma. En fin, un conjunto de impresiones que me hicieron reflexionar, conforme me deleitaba con aquel mundo de sensaciones múltiples, forzado a detener mi curiosidad inducida y creándome la expectativa de ejercer en el futuro de honroso y servicial pregonero de aquel espacio, lleno de vida y sabiduría, el de las otras minas, las de Mazarrón. Sudor, lágrimas, sangre y enfermedades de hombres bragados que, a diferencia de las que he referido a cielo abierto, consiguieron doblegar a la fuerza de la gravedad de oquedades soportando infinitos quintales de peso, mediante la pericia del arte constructivo de pasillos subterráneos fortificados para extraer el mineral, creados a partir de excavaciones perpendiculares. Verticalidad convertida en milagro para la aventura desafiante del explorador, quien tiene la misión, poniendo su vida en peligro, descubrir la veta mineral que le han encargado conseguir para ser mimada en un principio por necesidades inherentes al proyecto programado, y, más tarde, ante la desmedida trayectoria de la explotación y acabado el filón con destino al enriquecimiento empresarial, desvirtuados, violentados, agredidos y removidos sus terrenos hasta el paroxismo, dejarlos a su suerte, indiferentes, desgraciadamente, a la correspondiente exigencia de medidas correctoras que deberían haberseles impuesto en evitación del aciago y lamentable impacto medio ambiental, hoy día existente.

Pero es el hombre, el ser pensante de la creación, el que desencadena los acontecimientos. Y pese a que mi curtida inocencia, clama justicia, cierto es que no debe entenderse tal interpretación. Dejo constancia que no es mi función opinar en crítica de alarmismo, sálveme el cielo, sobre sendos elementos constitutivos de tales desmanes en el pasado, entidades empresariales y legisladores gobernantes, ejercientes de verdugos y causantes de la irreversibilidad de tan trascendente desatino. Sin embargo, no puedo dejar al margen mi ánimo solidario con los actuales movimientos ecologistas e intelectuales, invitando a la reflexión sobre los estudios de desviación del sistema sostenible medio ambiental, aconsejando prudencia en materia de explotación de canteras y minería.

No obstante, mi paseo escriturando en estas páginas la evocación de la ciencia milenaria de la minería, cumplido deber adjunto al empedernido explorador y aventurado descubridor del oculto producto, lítico, metálico o líquido que precisa o



Castillete de madera correspondiente al pozo de la mina "María Jesús". Esta misma se encuentra ubicada en el Cabezo Agudo, término municipal de Cartagena y la Unión. La profundidad de este pozo es de 517 metros, tiene 14 plantas, la primera se encuentra a 95 metros de la superficie y la última a 500 metros. Este pozo estaba dotado de jaulas-ascensor, para la bajada y subida del personal lo más profundo de la mina, lo mismo que para hacer la extracción de todo el mineral arrancado de las entrañas de la tierra. Éste por medio de vagonetas que entraban cargadas dentro de dichas jaulas. El guionaje para el deslizamiento de las jaulas era de cable redondo de acero. El mineral extraído es el plomo, blenda y pirita. La Unión.

exige la sociedad en cada momento, pese al detrimento y desastre medio-ambiental que origina, no es óbice, en mostrar disposición de entusiasta defensor en apoyo de que se encarguen los proyectos de acondicionamiento y rehabilitación generalizada de los espacios naturales erosionados.

EL MINERO

Al propio tiempo, digno y honroso resulta tratar al hombre con mayúsculas. El que bajo tierra, dejó su vida pegada a las paredes de gemido convulsivo en aterrante tronar de picota y barreno, manando llagas y fisuras alarmantes en cada hastial que lloró lágrimas de grandeza. Experto cirujano aplicando el bisturí de su herramienta para separar y retirar la sustancia válida de provecho, cisma de su órgano matriz inútil. Ejemplo de cumplido deber adjunto a empedernido explorador, aventurero y descubridor en la obediencia de saciar al requeriente de la materia fundida en la noche infinita, me ofrece la oportunidad en estas líneas de manifestar la siguiente dedicatoria. Es notorio que todo pasa obligadamente por el respeto que merece el protagonismo de nuestra figura señera, motivo del más triste y circunspecto trabajo jamás conocido.

Nobleza obliga a pretender concienciar sobre la conveniencia de cerrar las heridas producidas a la tierra, pero mayor sentimiento en el corazón encierra este caluroso aplauso de cariño y profunda admiración, inserto en el devenir del desvalido y desprotegido minero, que surcó con valor y sufrimiento los conductos abiertos en las profundidades de la tierra en aras de proveer materiales imprescindibles para conseguir el alto nivel industrial y tecnológico que disfrutamos.

¿Quién es este personaje que se mueve en el subsuelo?

Para describir un periodo concreto del minero en la antigüedad, nada mejor que referirnos a unos fragmentos del historiador griego, Diódoro de Sículo, en su viaje a

Carthago Nova, aquella que antes fuera Mastia, que reza: *“Los esclavos que pueblan estas prisiones, mientras proporcionan ganancias increíbles a sus amos, agobiados ellos noche y día en las profundidades subterráneas de las minas, sucumben con frecuencia al peso del excesivo trabajo. No existe para ellos remisión ni descanso..., los capataces los obligan con el látigo a sufrir las penalidades más terribles y muchos mueren miserablemente. Los que la robustez del cuerpo y el vigor de su ánimo les permite soportar semejante carga, continúan en aquella vida tan dura tantos años, que en el exceso de su desgracia, juzgan preferible la muerte. Entre las muchas cosas dignas de admirar que ofrecen estas minas no es la menor el que ninguna de ellas sea de fecha reciente, sino que todas datan del tiempo cartaginés, quizá muchas centurias antes, cuya codicia las mantuvo abiertas en permanente explotación.*

A esto es debido el acrecentamiento de su poderío, que suerte casual tuvo Roma de vencer al cartaginés, ante sus inmensas riquezas con las que pudieron levantar aquellos ejércitos numerosos que tantos y tan difíciles triunfos les proporcionaron en sus guerras... porque la preponderancia que alcanzaron en sus continuas luchas los cartagineses no hay que atribuirlos a la calidad de sus ciudadanos, ni a sus milicias mercenarias, ni a las ciudades aliadas; el gran peligro en que envolvieron a romanos, sicilianos y africanos no reconoce otra causa que la de superarles a todos en riqueza, por la que ellos sacaban de estas minas extraordinarias.

Desde los tiempos más antiguos fueron los cartagineses tan diligentes y entendidos en buscar metales y adiestrar mineros, que nada dejaron por hacer a los romanos en este particular.

Hoy, al que se encarga de dirigir una mina se le entregan gran número de esclavos comprados en compañía. Estos abren pozos o galerías en varios sitios y extraen

la tierra hasta poner de manifiesto las grandes masas de oro y plata... que en algunas minas llegan a alcanzar muchos estadios de longitud y profundidad, cuyas galerías se abren al través y oblicuamente, hacia los filones metálicos, por las cuales el mineral es cargado y extraído de las profundas entrañas de la tierra por el siervo vigilado y atemorizado, cuyo último aliento, al contacto con el aire y la luz del exterior de la mina, le vemos expirar en la miseria más absoluta”.

Desde la antigüedad, no faltan citas en este sentido expuesto sobre la temible y triste esclavitud del minero. Se detectan en las notas de *Arquímedes*, matemático e inventor, nacido en Siracusa y educado en Alejandría; en los textos del estoico sirio *Posidonio de Apamea*, maestro de *Marco Tulio Cicerón*; en los fundamentos de rentabilidad minera del geógrafo e historiador griego *Estrabón*; en los datos manifestados por el historiador *Polibio de Megalópolis*, tutor de *Publio Cornelio Escipión*; igualmente, por el enciclopedista romano, máxima autoridad científica de la Europa antigua, *Cayo Plinio Segundo el Viejo*, en su obra *“Mineralogía y Metalurgia en la Hispania”*, escribiendo sobre el maltrato a los esclavos de las minas. Y así, un largo listado que sería interminable de relatar.

Siguieron la lucha en favor de los desprotegidos esclavos, entre los que se encontraban los mineros. En el S. IV, el teólogo cristiano y uno de los más eminentes doctores de la Iglesia Occidental, *San Agustín de Hipona*, y, en el XIII el filósofo y teólogo, el Doctor Angélico y Príncipe de los Escolásticos, *Santo Tomás de Aquino*, pero los esfuerzos de estos y otros tantos que les acompañaron en su cruzada fueron inútiles. Los esclavos, siguieron su triste suerte y peor destino.

Tres siglos más tarde, conocemos otros intentos por liberar y mejorar las tareas y carga del esclavo minero. *Tomás Moro*, el mejor político y jurisconsulto inglés de su tiempo, supo de la proverbial aportación

de las minas a los ingresos reales, quien analizando las condiciones económicas que movían los intereses más importantes de los gobiernos europeos, constatando como principal fuente de riqueza las cuencas de hulla, explotación de filones y localización de vetas de metales preciosos, dedicó una brillante tesis que sugería elevar las condiciones técnicas, sociales y laborales de estos trabajadores, apuntando en justicia y mejor virtud, que este aprovechamiento humano, devengaría mayor rentabilidad para las arcas reales, con sólo prestarles las atenciones y mejora de condiciones de vida necesarias. Realmente, su discurso respaldado por el ansia de riqueza del gobernante, tuvo una gran aceptación en todas las casas reales del continente, pero la usura del codicioso e insaciable hacinamiento de las respectivas Cortes impidiendo cualquier gasto de inversión para beneficiar a las gavias recolectoras de mineral, tornó en acometer la creación de su obra más relevante *“Utopía”*. Desde siempre, deshumanizadas, pervertidas y ambiciosas en lo material, las monarquías, dejaron a su suerte los inmensos colectivos mineros que siguieron sufriendo y muriendo indefectible e irremediabilmente hasta bien entrado el S. XX, con estos y aquellos avatares y desidias marcados por las directrices de los amos.

En la misma línea de esta corriente de Moro, secundada por *Erasmus de Rotterdam*, intervino el Noble y filósofo francés *Michel de Montaigne*, persuadido de que no existía moral válida, desde la perspectiva religiosa, creencia en lo sagrado a la que acude todo buen soberano, si no se actúa por convicción de la propia conciencia en consonancia con el ademán de proteger y amparar el precario oficio del esclavo minero, obrero o trabajador en toda la extensión de la palabra, para sobrevivir de las miserias impuestas; advirtiendo que cada hombre conlleva la forma entera de la condición humana alejada a todo conocimiento exterior, pero

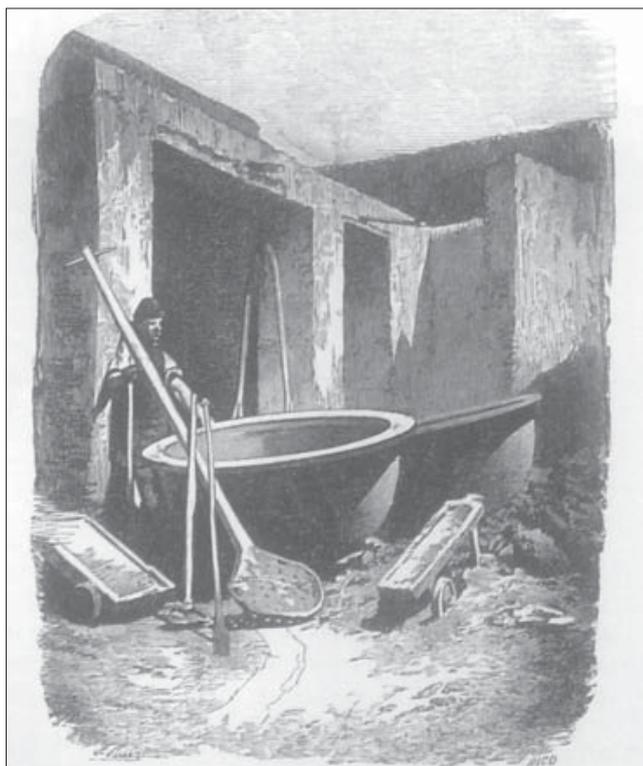


Ilustración de minero en una fundición con calderas, moldes y útiles para la desplatación.

ante la impasible actitud de los pensadores y homónimos de nobleza, redactó su obra *“Ensayos”*, volúmenes por los que está considerado el verdadero creador de este género en Europa.

Así otros tantos prohombres de todas las épocas, podríamos referir e incorporar a este documento como muestra concesionaria de gratitud y dignidad hacia un nutrido y desapercibido colectivo representado en el viejo escudo de armas de la minería, mediante una corona real que preside en cabeza, un mazo y martilla de pico cruzados en aspa. Sin embargo, este emblema que igualmente acredita al uniforme del Ingeniero de minas, obliga a su portador, responsable y director del expolio y daños colaterales, cuanto menos, a recuperar la zona una vez completada la explotación, en virtud de que esta actividad es una de las causas más importantes de la degradación medio ambiental provocada por el desafuero egoísta de los seres humanos.

Ahora bien, no puedo dejar pasar la ocasión para transcribir un rico y exquisito

testimonio textual, de acreditada vivencia personal, resumen de lo que escribía con motivo del décimo cuarto certamen del Festival Minero de La Unión, bajo el seudónimo de “Paco Icaro”, *Francisco Celdrán Sánchez*, responsable de prensa de dicho evento, glosando con ingenio de literatura novelada, la paradójica situación de unos hombres inmersos entre la búsqueda de gloria y su final en el infierno, y reza así: *“...para que ofrenden sus gargantas, ásperas y broncas, a la diosa de la sierra: la minera. Como un culto a la bravura de la vida, a la fatalidad de la muerte, desde aquí se eleva la plegaria jonda en la “noche oscura del cante”. “...minas, pozos, lavaderos..., el hedor penetrante de esta alquimia elemental ahoga ahora mi memoria. Es también el olor que impregnaba la pesada pelliza de mi abuelo, el aroma del agua sucia en el lebrillo, donde cada día mi abuela le lavaba los pies agrietados. Es un olor que no he vuelto a encontrar en ninguna parte. Aún lo conservo en la nariz, en el paladar... Es tan denso que cruje en mi boca si resucito aquél viento de entonces que lo arrastraba, tanto que si lo aspiro, lo mastico. Mucho antes, a finales del S. XIX, el estruendo y olor a pólvora y reclamo de la plata, atrajo a miles de andaluces ávidos de mejor fortuna, cautivados por los cantos de sirena de esta nueva “California”. Los más aguerridos se hicieron “partidarios”, solitarios defensores de un trozo de tierra acosada por pistolas y navajas, efímeros dioses de alpargata, con el estomago vacío y la mirada feroz, buscando estrellas perdidas a golpe de pico. La mayoría caían doblegados por la desesperanza, en las garras de los amos. Sólo les quedaba entonces burlar su ambición blandiendo el alcohol como una patética espada:*

*“Echa otro vaso de vino,
no te llesves la botella,
porque bebiendo sin tino,
me parece menos negra,
la mina de mi destino.”*

Hasta que la roca se desploma sobre un amasijo de riñones y le transportan en un ataúd de cinc del tamaño de una caja de zapatos; o el polvo revienta el pecho y se cambia la mina por la casa, por la calle, arrastrando en cuerpo famélico por largas baldosas de lajas, pegando la boca al suelo para absorber la humedad. ¡La boca de sili-cótico!, una boca que se hacía más grande en verano, seca, como una esponja abandonada a pleno sol de la arena. Intentando hinchar el pecho y emitiendo. Entonces, un sonido ronco (los pitos), como si el aire se escapara por alguna fisura. La luz encendida toda la noche en la pequeña habitación oxigenada a través de la pequeña ventana a la calle. La cintura doblada sobre la cama y los esputos pegados de las paredes, como babosas. Al final, decenas de viudas jóvenes con un tropel de hijos de todas las edades; y, un cementerio donde hasta bien entrados los años setenta, la estructura social de la ciudad estaba perfectamente reflejada bajo la siguiente fisonomía: una calle principal de ladrillo con lujosos panteones y mármol para el descanso de los amos, y, en torno a ella, una multitud de montículos de tierra cubiertos por una costra de cal viva en cuya cabecera yace una cruz negra, que como bien dice la copla popular:

*“Madre, cuando yo me muera,
que me entierren en La Unión,
junto a un minero cualquiera,
con plomo en el corazón,
y calavera de cera”.*

Paisaje desolador donde la rabia se expresa en forma de “quejíos” atronadores capaces de exorcizar lo mismo a ángeles que a demonios.

En este apéndice murciano de la Andalucía errante, el flamenco huele y sabe a mineral, y esto es lo que le otorga su sentido y singularidad.”

Cuanta amargura y tristeza desprende esta bella y realista prosa centrada en la figura del minero marcada por el infortunio. Su autor Ícaro, inspirado en conscien-

te intensidad mitológica, como el hijo de *Dédalo*, encerrado en el laberinto de *Minos*, fabrica sus propias alas de plumas y cera para huir, pero la fuerte energía calorífica del lugar, las derrite, obligándole a permanecer en este termino de montes escarbados, destripados y ahuecados, donde la magia y leyenda traspasa el alma de sus gentes quebrantadas por el polvo enfermizo de sus pozos, arrastrado por el viento e invadiendo sus sencillos hogares, aunque concediéndoles dones y mercedes que el cielo quiso negarles, al convertirles en la Catedral del Cante de las Minas, arte supremo que implica la soberanía de una garganta enfrenada, a solas, con la angustia loca de la copla.

Pero en nuestra tierra, cante sin trovo, no es minería. He tenido durante estos últimos años la suerte de conocer a verdaderos genios de la repentización. Hemos escrito una y otra vez, sobre estos hombres curtidos bajo los soles de las mil batallas. Pero nunca sabremos qué resorte milagroso ilumina a la sabia neurona que inspira tanta hermosura y belleza en la composición de sus versos, cuando improvisando en directo crean e ingenian verdaderas joyas de la ternura y sensibilidad poética.

No puedo dejar pasar la ocasión para felicitar la iniciativa de todos ellos (a los que evitaré nombrar por temor a olvidar alguno), al viabilizar su denodado esfuerzo dirigiéndolo a conservar esta riqueza de profunda tradición artística, de la que nos sentimos plenamente orgullosos, con la puesta en marcha y funcionamiento de una Escuela del Trovo.

En este sentido, por los vínculos de amistad recíprocos, quiero dejar constancia de su presencia en el Museo Etnológico de la Huerta de Murcia, donde repetidas veces han sido protagonistas de su arte, ante multitud de admiradores y seguidores. Donde además han plasmando su huella a través de un regalo imperecedero de su ingenio, escrito y enmarcado en un

cuadro, que posa con toda dignidad en las estanterías de la Asociación de Amigos de nuestro Museo, y que reza como sigue:

“Décima improvisada por Ángel Cegarra Olmos, “Conejo II”, a iniciativa de Luis Belchí García y José Vidal García. Dedicada por estos a la Asociación de Amigos del Museo de la Huerta de Murcia. Alcantarilla.

*Quando el mundo Dios creó,
Puso a Murcia en la tierra,
Y la riqueza que encierra,
Con sol y mar la bañó,
En ella el amor sembró,
Nos enseñó a ser hermanos,
Y como buenos cristianos,
Los mineros de la Unión,
Han fundido el corazón,
De mineros y huertanos.
La Unión, Abril 2.004.”*

EN MEMORIA DE LUIS BELCHI GARCIA

Queda patente en la reproducción anterior de la décima improvisada por “Conejo II”, la presencia de *Luis Belchí García*, que inició el reto de la propuesta, convertida en plegaría de hermanamiento entre mineros y huertanos.

A colación viene su nombre, el de *Luis Belchí García*, nunca más a propósito de este artículo que traigo para gloria de su inmortalidad. Hombre con el que traté de contactar, tras haber mantenido una noche de trovos en nuestro Museo, un intercambio de opiniones sobre su oficio de minero. Persona querida y respetada en la Unión, tras diversas consultas elevadas a especialistas y amigos del Patrimonio Minero, pero lamentablemente, cuando lo intenté había desaparecido. Páginas escritas, que recuperan la memoria de su nombre y que serán leídas hoy, a la vez que guardadas para el archivo imperecedero de su figura en la aclamación posterior del colectivo minero murciano, parte integrante del conglomerado humano castigado y sacrificado en aras de la exigente evolución, modernidad y desarrollo económico.

Hay veces que un tema en el que te



Cabezo Rajado. Fotografía hecha dentro de una jaula-ascensor en la planta n.º 7 del pozo de San Francisco de Paula de la mina “Ibera”. Dicha planta se encuentra a 298 metros de la superficie. De izquierda a derecha: don José Manzano, facultativo de minas; Luis Belchí García, encargado-supervisor de todos los trabajos de la mina; Eleuterio Andreu Martínez, ayudante de toda la fortificación de la mina. Fotografía hecha en 1964.

encuentras inmerso, puede estar inconcluso si se obvia un documento vital. Milagro ocurrido fue este caso, en el preciso instante que aparece, *José Vidal García*, sobrino de *Luis Belchí*, otro amigo del Trovo y de las veladas de este arte en nuestro Museo (*Vidal*, por cierto, enamorado de las cosas de la tierra, es constructor de una maqueta a escala de la Noria de nuestro Museo, que reúne todas las condiciones de idoneidad para ser expuesta en las mejores salas de exposiciones donde se trate el tema del regadío murciano), quien igualmente instó y apoyó para que “Conejo II” se obligara a compo-

ner la décima en repentización, como homenaje a mineros y huertanos, y, me hace entrega, nada más y nada menos, que de las memorias sobre la propia vida profesional, escritas por su tío, a las que tituló: “*Viejos recuerdos de un hombre que fue minero. Años 1.940-1.980. Dedicado a: Jorge Vidal López*”.

Este librito, con portadas de plástico y sus hojas escritas con letra de máquina de escribir, anilladas en su conjunto, ha sido el mejor regalo que he recibido a lo largo del tiempo que llevo interesado por este tema relacionado con el minero, y en esta ocasión con el hombre; con el ser que piensa y siente; con el alma que entrega su corazón a través de la pluma, esperando un halo de comprensión, de condescendencia, de benevolencia, hacia la eternidad.

El documento, nacido para ser publicado en imprenta, pide a gritos su divulgación. Es una joya que transpira los más íntimos susurros de un minero con espíritu trovero, o, de un trovero de vocación minera, que ambas concepciones tienen derecho a convivir en las profundidades de una mina.

Un minero escritor de sus memorias, es un personaje inédito y esperado como agua de lluvia, que le convierte en la figura añorada para cualquier investigador de esta materia. Y la situación me permite el privilegio de ser el guía de su presentación, cuyo posicionamiento personal me enorgullece y llena de alegría.

Se introduce con su foto ante la mina y una proverbial y estudiada décima que reza:

*En esta pequeña historia,
No quisiera equivocarme,
Porque yo suelo ampararme,
Siempre en mi buena memoria,
Y escribiendo sobre minería,
Que es un tema que me encanta,
Y mi mente es tan exacta,
Que sin desviarme en nada,
Yo termino la jornada,
Haciendo lo que me gusta.*

Se inicia con sus datos personales y el comienzo de su empleo en el ramo de la minería, así como la empresa que lo contrató en 1938, a los 15 años, expresando con tanta claridad y lucidez su primer trabajo, que, es digno de resaltarlo: “... lo primero que me encargaron fue dándole la carga a las cribas de palanquines...”

A lo largo de toda la obra memorística, fiel reflejo de su buena capacidad mental, además de todo lo concerniente con su itinerario laboral en los pozos, anécdotas, situaciones difíciles; nos introduce en los sistemas que se utilizaron para la extracción del mineral.

Pero no contento con su propia biografía, se atreve a radiografiar a un buen amigo, con el que establece lazos y vínculos de auténtica hermandad formando pareja con él, al que describe como: “... buen hombre, de mejor estatura, cuerpo robusto y complexión fuerte, buen trabajador y mejor compañero...”. Se trata de Fernando Candela López, que moriría de Silicosis en 1970, a los 57 años y al que le profesó cariño y sincero afecto.

Explica cada uno de los oficios de la mina, competencias, facultades y obligaciones de los respectivos: Ingeniero Jefe; Ayudante; Encargado o Vigilante; Barrenero o Perforista; Marrero o ayudante de perforista; Peón; Cabo de Ganchos; Pedricero; Entibador; Tubero o Viero; Gavia o zagal; y la denominación de un completo catálogo de herramental y su aplicación en la mina. Nos habla de los sistemas de alumbrado de la mina; de la forma como se preparan las cargas de los barrenos; el calor de la mina; los minerales de nuestra tierra; las chimeneas de las máquinas de extracción; los trabajos posteriores a partir de la llegada del mineral al exterior; de poleas; jaulas; machacadoras; clasificador; circuito de artilugios de flotación; los lavaderos; su distribución en cadena hacia las fábricas de fundición, y un amplio muestrario de conocimientos que permiten entender con facilidad lo que se realiza en

una mina, transportándonos al pasado y dejando entrever planos y croquis que justifican su acertada decisión de escribir sobre el tema.

De murciélagos; de viejos caminos subterráneos; de escombreras; de profundidades de los pozos, de comparación de épocas distintas de trabajar en las minas; formas de comunicarse desde el interior de la mina al exterior; de los estilos constructivos de los castilletes, de la situación de las chimeneas; del envejecimiento de los pozos, los nombres de las minas conocidos por estos pagos, etc. etc.

Si usted no ha bajado a una mina, si desea conocer su funcionamiento y organización, nada mejor que desde una redacción sencilla y amena, acercarse a este documento que algún día verá la luz a sus lectores.

A partir de este instante, el librito queda catalogado en la bibliografía de nuestra Biblioteca y será uno de los textos biográficos ejemplo de perseverancia y vocación profesional de un oficio: El Minero.

MI VIVENCIA CON UN MINERO

Y es aquí, donde me place aportar el contacto directo, el trato humano, la suerte que tuve de recibir en persona, el contagio de la euforia profesional de un hombre cultivado en lo más profundo de una mina. Un hombre de valor inculcado en la solidaridad y el compañerismo, en la confianza de que estos sustantivos le pudieran salvar la vida. Un hombre lleno de verdad absoluta; de peripecias acaecidas en su entorno; de gravedades postulantes de auxilio; de lágrimas contenidas ante tragedias incontables; de apoyo moral y contributivo a quien le necesitó. Esa fue la impresión que extraje de mi relación sentida y cordial, con un minero al que difícilmente olvidaré. La evidencia de soltura fue notable, sin tecnicismo y de manera campechana, pero de forma muy clara e ilustrativa, sobre el suntuoso detalle del trazado orgánico para la construcción de un

pozo y su explotación, el más complejo y peligroso sistema que se ha utilizado para la minería (*aunque de todos se tratará, pues la idea del proceso seguido desde la antigüedad más remota y su valor estratégico para acometer el método apropiado es la clave del entendimiento de las diferentes explotaciones*), argumentó cuanto le pareció oportuno, durante horas de diálogo que mantuvimos en diferentes ocasiones. Sería imposible trasladar sus opiniones y que coincidieran con lo que piensa y entiende la generalidad de sus compañeros del mundo. Pero es lógico que, en lo fundamental pudieran estar de acuerdo.

De este encuentro, hace años (más de veinte), tuve la oportunidad de entablar conversación en la playa de La Albufereta (Alicante), con un viejo minero asturiano, *Eulogio Freixinós*, encargado de una sección de minería, gravemente enfermo de silicosis y milagrosamente vivo, explicándome con detalle -ante el interés que despertaba en mí este tema- lo que yo recogía en apuntes que conservo, en relación con la importancia de una galería bien fortificada, “templada”, como el describió. “Se trata -me dijo-, conforme a mi experiencia profesional, de realizar previamente prospecciones para conocer la existencia de lo pretendido. Obtenidas las muestras positivas, se crea un pozo hacia el punto inferior localizado de la muestra recogida. Extinguido en profundidad el material, se inician tantos huecos como sea necesario, desde la propia pared del pozo, para que de forma horizontal o inclinada, cuyo diámetro y trazado variarían en función de las necesidades del acceso a los frentes de arranque y del transporte del mineral, ataque las masa de veta mineral hasta agotarla. Pero además, estas galerías, podían diferenciarse, en mi tiempo, de principales o secundarias, haciendo las primeras función permanente para hacer frente a la recepción distribuidora concentrando el transporte directamente hacia el exterior o hacia la boca en el pozo de extracción; y,

las segundas, convertidas en ramificaciones temporales destinadas a dar acceso a las caras de arranque, facilitando rentabilidad de la explotación y mejor control de las comunicaciones, primero mediante el arrastre, en la antigüedad, de capazos y cajoneras de esparto, y en mi tiempo de las vagonetas”.

En otro orden de cosas, me transmitió significada y expresamente, que, el mayor cuidado tenía que centrarse en la fortificación y supervisión estructural diaria de las galerías. Esta labor era esencial para mantener el equilibrio inalterado de esfuerzos de la red general de galerías, apuntaladas por vigas y cuadros de madera (mencionándome que últimamente ya eran de hierro), arcos metálicos ensamblados y muros de estéril, que terminaron siendo de hormigón. Finalmente, hizo hincapié, de las mejoras que se estaban aportando con la fijación de techos y la instalación de mallas metálicas indicadas para contribuir a dividir los esfuerzos generados por la fuerza descendente sobre cada galería surgida a mayor profundidad; expresando finalmente: “...todo en aras de evitar y reducir -esta frase la repitió-, el riesgo de supuestos hundimientos”, del que fue testigo presencial en más de una ocasión. Recuerdo, por último, las palabras expresadas, que definen la impresión de un minero que anduvo bajo miles de toneladas de montaña: “... *las entrañas de la tierra tienen vida, las maltratamos, y estas se lo cobran con ovitos humanos*”.

Nunca olvidaré el énfasis con que me contaba estos sentidos conocimientos laborales, impregnados de razonados consejos de sabiduría. Detectaba impotencia y rabia en el pronunciamiento de sus comentarios. Sin duda, dirigiéndose a los que nunca le oirían. Era como una plegaria, queriendo avisar, advertir a los responsables de cualquier explotación minera del mundo, de la importancia de dejar “atado y bien atado” el proceso constructivo de la instalación, la “fortificación” como

él definió, y, su continua inspección ocular y técnica.

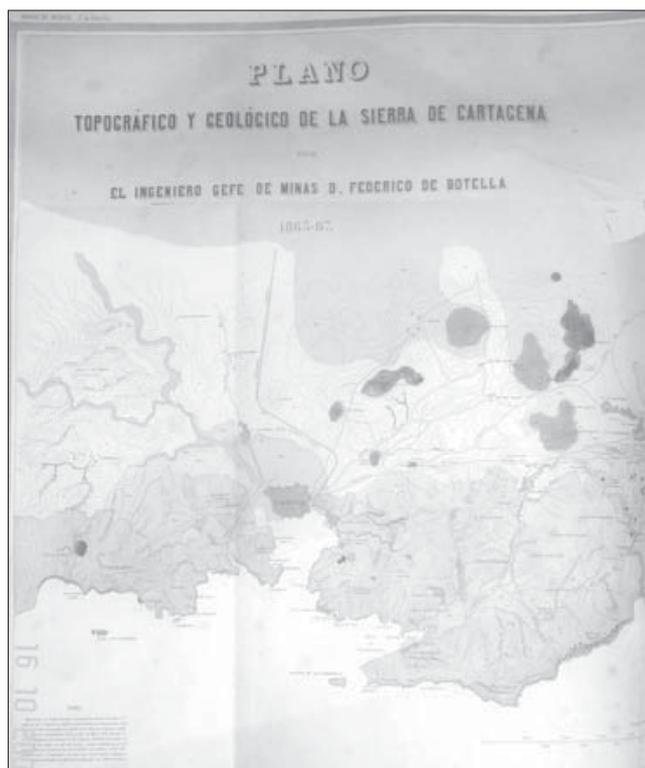
Celebré aquellos encuentros amistosos con el anónimo minero, con quien coincidí varias veces a la orilla del baño playero. El estímulo despertado del mayor interés, provocó -y dejo constancia- mi más entusiasta proceder. Desde entonces, me apresuré a la búsqueda bibliográfica que me aportaría información, y, en ello estuve, además de viajero itinerante, recorriendo geográficamente los puntos mineros más significativos de nuestra, hoy en día, próspera Comunidad Autónoma. Años más tarde supe que Eulogio, tomó la decisión de quitarse la vida, lo que me hizo reflexionar sobre esta violenta acción; preguntándome si somos justos a la hora de proporcionar calidad y apoyo psicológico, a unos seres encadenados al sufrimiento de su gran tragedia, el padecimiento de la silicosis, consecuencia de un trabajo laboral rentabilizado por el empresario, que, a la vez, incita y subsidia al Estado. Enfermedad presta, a la más larga y lenta muerte del individuo que adquiere fibrosis pulmonar progresiva por inhalación de sílice libre en el aire respirado durante su exposición ambiental en la mina. Síntomas de insuficiencia ventilatoria, tuberculosis, infecciones micobacterianas, y otros padecimientos en laringe y faringe, que sólo pueden mejorar con el alejamiento del paciente del ambiente nocivo en que se desenvuelve. Pero pese a mejorar, lamentable y desgraciadamente, continuará con el deterioro ulterior del pulmón cuya degradación terminará con su vida. Pregunté a un neumólogo sobre el tema y me contestó como especialista: “... *el cuadro radiológico característico del enfermo de silicosis consiste en pequeñas opacidades redondeadas en los lóbulos pulmonares superiores, con retracción hiliar y adenopatías de los ganglios de facto irreversibles, asociándose a una marcada alteración biológico-funcional con componentes restrictivo y obstructivo de agresión dege-*

nerativa al órgano vital del cerebro por falta de oxigenación y riego sanguíneo”.

De cualquier forma, de su tierra, Asturias, me transmitió un halo de misteriosa curiosidad, al comentarme aquél acontecimiento que vivió su abuelo, también minero, en el S. XIX, respecto de las antiguas minas, de cobre y cobalto de la Sierra del Aramo, que los ancianos de los alrededores la denominan “Texeo”, que fueron propiedad de *D. Alejandro Van Straal*. Curiosidad que no ha dejado de atraerme y preocuparme en todo este espacio de tiempo. Al fin, hurgando por las autopistas de la información, hete aquí que, pude encontrar la reproducción íntegra del artículo publicado por el Ingeniero *D. Alfonso Dory* en 1.893, sobre tales minas descubiertas por el Ingeniero alemán *Van Straalem*, en 1.888. Evidentemente, yo nunca tuve claro el mensaje que me quiso entregar, pero sin embargo, este documento encierra tal magnitud de información, que con sólo su lectura, uno puede quedar impregnado de sabiduría, altamente instruido para dialogar o discutir sobre el proceso y evolución de la minería. Pero sobre todo mencionar que, este descubrimiento, lo que aporta, es lo que quizá sea el único ejemplo de una explotación minera de finales de la Edad de Piedra y comienzo de la Edad del Cobre, perfectamente conservada. Los aspectos geológicos; las apariciones de constantes restos arqueológicos y paleontológicos, describiendo el hallazgo de dieciséis esqueletos humanos, dos de ellos completos; martillos de piedra de variadas magnitudes; picos de cuerno; agujas de piedra para el arranque; cuñas y teas de madera resinosa para el alumbrado; ramas cubiertas de piel engrasada; dos bateas de madera; fragmentos de cuero, una avellana labrada; un cuchillo de hueso, y otras muchas herramientas de minero. Todo explicado con escrupuloso detenimiento, desde la dirección de las oquedades en busca del mineral, hasta las entalladuras en las paredes de las excava-

ciones; desde las formas, hasta las medidas; desde sus posiciones, hasta la dureza; desde su cronología, hasta sus pesos. Un completo y profundo estudio analítico pormenorizado, durante más de 25 páginas, que ofrece una visión temática del arranque; fortificación; circulación de los obreros y transporte del mineral; el beneficio de las menas; las nociones mineralógicas de los filones explotados; el reconocimiento del cobalto para uso en su estructura social; los procedimientos utilizados para su obtención; el valor industrial de la empresa emprendida que demuestra la posible aplicación de esclavos en la mina; concluyendo, teniendo en cuenta la mentalidad decimonónica, con la amplia libertad de invitación a ser visitada por aficionados a la Paleontología y Arqueología, sin perjuicio de la importancia que supone para los ingenieros este vasto campo fértil desde el punto de vista de aprendizaje y formación, sobre los antiguos procesos de minería en la decrepitud de la Edad de Piedra y en los albores de la Edad del Bronce, que podríamos aplicar al formulismo similar que existió igualmente en estas tierras murcianas, proclives a todo tipo de minerales, las más productivas de España.

Según reza, en distintos dictámenes técnicos de especialistas como el expuesto por el célebre geólogo *Vilanova*: “...la región ígnea más importante en la península, capaz de haber producido inmensa riqueza mineral, es la que se forma a lo largo de la costa, desde el Cabo de Gata al de Palos”. *D. Ramón Pellico*, otra eminencia, dice con inteligible aclaración: “... una comarca en donde la estratificación de los diferentes depósitos sedimentarios ofrece tantos accidentes y discordancias debe naturalmente haber sido teatro de repetidas y extensas erupciones, las cuales permitieron emerger de forma natural y fácil, filones y vetas de metales preciosos de profundidades insondables para el ser humano, como demuestra el arduo devenir histórico de su explotación, y, Silver-



Mapa topográfico Sierra Cartagena.

troop, de mayor garantía y opinión, señala cinco líneas de perturbación volcánica en esta provincia de Murcia, dirección E.N.E. a O.S.O., dejando claro las grandes posibilidades de obtención de importante mineral de plata y plomo en estratigrafías próximas a la superficie, centrándose su principal muestrario en la Sierra de Cartagena, cráteres, el de la cumbre de la Criosoleja; el del Cerro del Sancti Espiritu, y el del Lomo de las Narices". Todo ello lo corrobora y manifiesta con gran precisión analítica D. Federico de Botella y de Hornos, indicando a Cartagena y sus Islas, como uno de los espacios en que más abundan las rocas eruptivas, signo que ya en la antigüedad fenicia, evidenciaba los brotes fundidos en forma de arroyo de minerales solidificados. No en vano el *Dios Vulcano* romano, y, antes el *Dios Hefesto* griego, dieron muestras en estas tierras de su fuego volcánico, fundiendo metales inmersos en las recónditas profundidades de su tierra, expulsados a superficies donde los hombres pudieron extraerlos con facilidad, concediendo a los materiales

nobleza de moneda, con el valor de tasación comercial, en función de su escasez, ductilidad, belleza o necesidad, con fines de permuta, transacción o pago; suponiendo la creación de los primeros sistemas organizativos de vida.

La referencia de los primeros hombres que utilizaron masivamente los metales para este proceso socializante, hay que detectarla en escrituras con caracteres cuneiformes, que descifra *Georg Friedrich Grotefend*, de textos persas, en relación con la aparición de ciudades como Ur y Uruk, que inventaron la escritura durante el IV milenio a. C., allá en los territorios meridionales de Mesopotamia, civilización primitiva que desarrolló técnicas de irrigación y construcciones de ladrillo, y, de circunstancias geográficas y climáticas semejantes a estas del Sureste español, atribuyéndosele a los sumerios tales hechos, corroborado por las miles de tablillas encontradas con información sobre bienes, registros de transacciones o listas de propiedades y metales preciosos de los reyes, entendiéndose que con esta iniciativa, que seguiría con acadios, casitas, asirios, cuyo imperio heredaría Fenicia, con el florecimiento de las ciudades de Biblos y Ugarit, navegarían por el Mediterráneo hasta nuestra península, donde establecieron destacados vínculos comerciales con los pueblos íberos, a los que impartieron mayor formación técnica en el ámbito de la consecución de materias primas y minerales a cambio de objetos suntuarios. Lo que hace suponer que llegarían a nuestras costas, descubriendo a flor de epidermis terrestre, la importancia de estos yacimientos metálicos que sugerirían su explotación a los ocupantes íberos, pueblos descendientes de etnias nómadas que miles de años antes partieron de aquellas procedentes del centro de África, origen de la vida.

Y volviendo al caso del Aramo, en paralelismo, debemos referir hechos semejantes y análogos en nuestra tierra. El descubrimiento por el ingeniero y

arqueólogo belga, *Luis Seret*, de la Cueva Prehistórica de Montajú (Parazuelos), y otras similares en Morata y Ramonete, con yacimientos de herramientas de piedra, cráneos humanos, junto con anillos, pendientes y brazaletes de plata y oro, y otros varios objetos de cobre y bronce, entre instrumentos de sílex y restos de fundición, cuyos criaderos mineralógicos -explica el descubridor-, corresponderían al Lomo de Bas (junto a las cavernas expresadas), y Herrerías de Cuevas, y a mayor escala el afloramientos del conocido manto de azules de la Sierra de Cartagena (descripción del hallazgo inserto en los respectivos libros de *Cañabate Navarro y Ferrándiz Araujo*), demuestra la fuerte vitalidad de todas estas explotaciones mineras murcianas de costa desde época prehistórica próxima al hombre de Cro-Magnón y de Furfooz. Pero aún cuando todo ello demuestra que el aprovechamiento del oro, plata y cobre y su transformación en bronce, fue ya conocido desde una época tan remota, pareciendo servir de enlace y transición entre la Edad de Piedra y la Edad de los Metales, es innegable que serían los fenicios, civilización muy adelantada, representada en Tarsis, una de sus colonias más importantes, y, que según el Profesor americano *Haupt*, significa “preparación de minerales”, los que incorporarían el perfeccionamiento de los procedimientos metalúrgicos y los sistemas técnicos de laborar los yacimientos metalíferos en nuestras minas, y cuya prueba de mayor relieve, es sin duda, el hallazgo de los pecios hundidos en la playa de la Isla del Puerto de Mazarrón.

NUTRIENTE DOCUMENTAL.

En el sentido de acercarme mayormente a lo concerniente con todo proceso y procedimiento próximo a la minería conocida en la Región de Murcia, meses más tarde, me atrevería a desafiar el secreto de su riqueza documental, cuyo esfuerzo de compilación catalogado lo pongo a disposi-

ción de quienes quieran acercarse al conocimiento de esta seductora y atrayente materia. Poco a poco, llegaría una gran cantidad de información, a través de fondos bibliográficos a los que recurrí, iniciándome con aquella entrañable, pero de un estricto y riguroso tecnicismo: “*Memoria sobre la industria minera de Cartagena*”, de *D. José de Monasterio y Correa*; trasladándome a otros textos y libros, entre los que destacaría el vademécum en la materia para nuestra Región: “*Descripción geológica y minera de las provincias de Murcia y Almería*”, del insigne *D. Federico Botella y de Hornos*; el estudio retrospectivo del desarrollo de todas las zonas de actividad industrial: “*Murcia. Minería*”, del ínclito *D. Francisco Pato Quintana*; los reglamentos constitutivos, origen de las actuales: “*Leyes de Minas e Hidrocarburos*”, de los organismos competentes; la elocuencia de *D. Ginés Pérez Garrigós*, convenciéndonos en: “*El País de la Plata*”, sobre la pre-Mastia cartagenera de los Tartessos; sin obviar ese entrañable librito de bolsillo: “*La Unión, ciudad minera*”, de aquel encomiable escritor y querido investigador, *D. Andrés Cegarra Salcedo*; y muchos más que colman alienados cantidad imprecisa de metros de estantería en cualquiera de las Bibliotecas de los puntos donde se surcó la profundidad de la tierra para conseguir sus frutos, ya fuera la pionera Cartagena de múltiples e incesantes explotaciones mineras; La Unión, segregada con su histórica bahía de Portman; Mazarrón, de la Almazarrón fenicia de plomo, plata, almagra y alumbre; Águilas, la del Embarcadero del Hornillo, antes portuaria del hierro de Sierra Filabres; Lorca, la de sus minas de la Serrata; Jumilla, con la que denominó del Carmen; y, Cehegín con sus yacimientos de hierro del Gilico; que fundamentado y enterada queda con su memoria pertinente la Asociación de Museos, grupos y colecciones de mineralogía y paleontología.

Y como ya citamos anteriormente, no

podemos obviar un ejemplar editado por *D. Eduardo Cañabate Navarro*, de excepcional y valioso rigor histórico, dedicado a la profunda investigación del mundo clásico con respecto a la influencia ejercida por esta extensa afloración de vetas, menas y filones mineralógicos, íntimamente relacionado con el origen del grupúsculo humano que fundó el primitivo asentamiento que daría lugar a la ciudad de Cartagena; así como especificaciones de su topografía; primitivas explotaciones mineras; datos de gran interés medievalista y anotaciones sobre procedimientos de extracción y concesiones mineras, al que su autor, tituló: *“La minería en Cartagena”*.

Una cascada de trabajos se sucedieron a continuación, y aún entendiéndolo su aspecto estrictamente socio-económico y estadístico, sobresalen los dos que se presentan seguidamente, por cuanto supone aportar un profundo y cuidado estudio, objetivo y científico, comprimido a un reducido abanico de años bajo la perspectiva de la decadencia de la minería murciana, refiriéndome a los libros:

“El distrito minero de Cartagena en torno a la primera Guerra Mundial (1909-1923)”; de *Pedro M.^a Egea Bruno.*; y,

“La minería murciana contemporánea (1930-1985)”; de *Juan Bta. Vilar; Pedro María Egea Bruno y Juan Carlos Fernández Gutierrez.*

Textos más recientes, que igualmente hoy son obras maestras en su género, como la: *“Guía Ambiental de la minerías en la Región de Murcia”*, de *María Jesús Ros Amorós*, una brillante exposición del encuadre de nuestra geografía, analizando la protección del medio ambiente, el sector minero y la actividad extractiva de todos los municipios que componen este territorio. Un trabajo que permite acercarse a conocer cualquier punto que nos interese de esta Región para deducir su calidad de vida, ordenación del territorio y cuanto representa el formato de viabilidad en los

ámbitos industriales y medio ambientales de esta vieja actividad.

No puede faltar, con la finalidad de abarcar publicaciones especializadas, de todas las latitudes que traten de esta cuestión de su razón, sendos trabajos circunscritos a territorios del litoral Suroeste de la Región, que expresamos por su carácter bucólico-histórico y la gran cantidad de gráficos, planos, fotografías y documentación antigua que incluyen, siendo por orden cronológico:

“La Minerías en Aguilas. Los Marín Menú”; de *Luis Díaz Martínez.*

“La minería en Lorca (1.860-1.985). La Sierra de En medio”; de *Bartolomé García Ruiz.*

Otro curioso libro, afín a la actividad minera, lo han escrito en equipo de trabajo conjuntado, *José Antonio Gómez Martínez; Joaquín Andrés Sánchez Vintró y José Vicente Coves Navarro*, titulado: *“Los trenes mineros de Cartagena, Mazarrón y Morata”*, haciendo un largo y extenuado relato de toda la actividad ferroviaria que surgió en el ámbito de las minas explotadas y que tiene su inicio con la propuesta de un tranvía a vapor de Cartagena a las Herrerías, proyecto firmado por *D. Melitón Martín* en 1.858, para el que se preveía tráfico en las dos direcciones, no tuvo éxito por razones económicas; aunque se intentó nuevamente en 1.862, con la visita de *Isabel II*, motivada por la inauguración de la línea de ferrocarril, Madrid-Cartagena, tampoco pudo cuajar. Sería el 14 de octubre de 1.874, tras infinidad de peripecias, cuando quedaría inaugurada la línea referida. Un repaso muy cuidado y de gran trayectoria investigadora, anecdótica y fotográfica, cursado en estos cortos caminos de hierro, le confiere a este libro la facultad de un perfecto y ameno documento de lectura, que te introduce en el nostálgico túnel temporal del pasado.

Cercana se encuentra una de las últimas publicaciones de mayor relieve en esta materia, titulada: *“Los Almazarro-*

nes”, del eminente médico, historiador y humanista, *Carlos Ferrándiz Araujo*, que repasa los orígenes de la minería, pasando por fenicios, griegos, cartaginenses y romanos, para llegar a la decadencia, que le introduciría al agotamiento generalizado y la fase de crisis estable de la minería en 1.956, que no sería superada en nuestra Región de Murcia. Su estudio, aunque centrado en la minas de Mazarrón, es un extraordinario ejemplo de investigación bibliográfica, documental y gráfica, y sugerente recomendación para quien desee aconsejarse y conocer esta compleja actividad que se practica por los seres humanos desde los tiempos más remotos.

Extractado, pero muy ilustrativo, resulta el librito *“Ruta Minera. Carretera del 33. La Unión – Murcia”*, de *José Ignacio Manteca Martínez; Cristóbal García García y Francisco J. Ródenas Rozas*, defendiendo la tesis de mantener en valor el camino que partiendo de la Cuesta de las Lajas, conocido desde antiguo como trayecto de La Unión a Portman, por haber sido la ruta que vertebraba la ocupación humana y la explotación económica del espacio central de la Serranía unionense.

Otro trabajo de excepcional concepción lo tenemos en el denominado: *“Los orígenes del siglo minero en Murcia. Compañías de minas; fundiciones y beneficio de escoriales en Cartagena, Mazarrón, Lorca y Aguilas hasta la primera mitad del S. XIX”*, de *Mariano C. Guillén Riquelme*, cuya finalidad ha sido tratar con esmero documentado y archivístico, la irrupción de las compañías mineras en 1.826; pasando por la Revolución Industrial y la exaltación de las compañías por acciones establecidas en 1.840. Amén de la minería en despegue y sus conflictos; nuevamente su renacer y un análisis inteligentísimo de conclusiones que demuestra el gran conocimiento del autor en esta temática.

Y de esta manera, hasta nuestros días, han seguido editándose textos, documentos, dossier; publicaciones innumerables,



Antigüedades encontradas en minas de Cartagena.

aspirando a concluir en la actualidad bajo los auspicios y patrocinio del Museo de la Ciencia y el Agua del Ayuntamiento de Murcia, con una verdadera joya maestra, dirigida por Maribel Parra Lledó, constituida en composición de exposición y catálogo, recopilando un exquisito legado museístico y pertrechando datos hasta la saciedad, denominada en conjunto con el sugestivo título: *“Patrimonio minero de la Región de Murcia. Bocamina”*, elevada a obra de arte por sus extraordinarios contenidos estructurados en cinco bloques temáticos e insuflada mediante el realmente acertado e insuperable compendio de artículos de magníficos especialistas en la materia, entre los que se encuentran museólogos; investigadores; arqueólogos; ingenieros de minas; geólogos; cartógrafos; economistas; historiadores y cronistas oficiales, acompañado de un rico glosario de definiciones, todo ello mostrado, elaborado y confeccionado en inteligible desafío o tendido de mano -que ambos aspectos serían admisibles- a la propia

inercia del inquieto explorador de la futura investigación arqueológica de campo o archivística del legajo, del matiz, del detalle pendiente de inmortalidad.

CONOCIMIENTO DEL ORIGEN REMOTO.

El prehistoriador y etnólogo inglés *John Lubbock*, en el segundo tercio del S. XIX, acuñó el término “paleolítico”, para referirse a la etapa de la edad de piedra que se caracteriza por el trabajo de este material mediante la técnica de talla. Poco tiempo después, el paleontólogo americano *Lewis Morgan*, indujo a un mayor estudio del amplio espectro cronológico del término designado como paleolítico, lo que permitió determinar con cierta precisión que su significado fuese utilizado para designar a cada una de aquellas comunidades humanas del pasado, cuya forma de vida se basara en la caza, la recolección y la utilización del sílex.

Pero ello precisa base de conocimiento, y, este y próximos artículos, comprometen a exponer una andadura concerniente a cuanto implique la evolución de esta antiquísima actividad, que, iremos acoplando en cada momento con intervenciones personales, correspondientes a personajes extintos o a punto de desaparecer para gloria de un patrimonio histórico inigualable y memoria de los hombres que sufrieron sus consecuencias, a los que rindo este postrero y humilde tributo desde nuestra revista “Cangilón”.

La aparición de las primeras comunidades de este periodo, habrá que remontarlas al pleistoceno, hace un millón de años, para desaparecer 8.000 años antes de Cristo. Por lo que en este concepto se refiere, el gran descubrimiento, motivado por la aplicación conjunta de la técnica y la ciencia, habrá que dirigirlo al conocimiento de la extracción de materiales en superficie o bajo tierra (casi desde el principio de la Edad de Piedra, hace 2'5 millones de años), con destino al uso de herramientas u otras necesidades para sobrevi-

vir y evolucionar. Por tanto, debemos aceptar que la obtención selectiva de piedras y otros materiales a partir de la corteza terrestre debemos considerarlo minería. Lo que nos indica que la minería surgió cuando los predecesores de los seres humanos empezaron a utilizar determinados tipos de rocas para tallarlas y fabricar piezas que les sirvieran para sus cometidos cotidianos.

Conviene recordar que entrado el S. XX, se produjo por los especialistas en la materia la catalogación de los tres subperiodos que constituyen el paleolítico, con nomenclaturas de inferior, medio y superior; que a su vez crean subdivisiones razonadas en la identificación de rasgos complejos asimilados a artefactos líticos, concretados en las industrias o tecnocomplejos, que a partir del paleolítico medio, algunos autores denominan culturas y que toman sus nombres de los yacimientos más representativos, entendiéndose como tal, el modo en que los grupos de homínidos primero y humanos después, aprendieron a organizar su comportamiento y pensamiento en relación con el entorno físico que habitaban. Referencia, que hay que basarla en la forma que los individuos se relacionan entre sí, y, el factor cognitivo sobre los modos representativos sociales. Finalmente, decir que la cultura de cada pueblo, adquiere una componente material, consistente en el encuadre temporal de los objetos físicos producidos, entre ellos los que ofrecieron los depósitos formados por el proceso natural de ocupación humana, estudiados por la arqueología en ese espacio de tiempo y lugar.

Puesto que realmente, una actividad inicial, aunque rudimentaria consistió en comenzar a desenterrar sílex u otras rocas, para más tarde –conforme se vaciaban las vetas del material interesado–, profundizar con excavaciones que continuaron mediante huecos y pequeñas galerías subterráneas, cabe argumentar que la

minería es la industria más elemental de la humanidad, incorporada con toda avidez y rentabilidad por los primeros asentamientos y civilizaciones.

Ante lo expuesto, sabiendo que aquellas primeras explotaciones a cielo abierto, dejaron paso a las que se horadaron bajo tierra, es obligado citar el posterior y siguiente método, para la recuperación de materiales minerales materializado a través de pozos de perforación, cuyo proceso se estableció más recientemente en la extracción de combustibles. En la actualidad, la sofisticación para la recopilación de minerales se ha desplazado de la tierra al mar, donde próximamente podría extenderse a la profundidad de los océanos.

Regresando a la parte de la prehistoria para comprender como llegan los primeros hombres a nuestras costas y concretamente al Sureste español, hay que retrotraerse al momento de la aparición de estos, hace 2'5 millones de años, junto a los lagos Victoria y Turkana, en el Este de África, en la línea de Norte a Sur centrada donde hoy se ubican los países de Sudan, Ruanda, Kenya, Uganda y Tanzania, yacimientos arqueológicos estudiados, que, además de encontrarse en el perímetro de ambos lagos mencionados, se localizaron en Hadar, Omo, Baringo y Olduvai, de los expresados territorios, advirtiéndose que en su nómada devenir en búsqueda de caza, llegaron hasta el Estrecho de Gibraltar y el Sinaí, puntos estratégicos por donde se trasladaron a nuestra península y Europa.

Evidentemente este trabajo, sin perjuicio de aportar datos que puedan documentar e informar en cuestión de minería visionada desde cualquier perspectiva general y externa a los límites geográficos de nuestra Región de Murcia, se ceñirá a tratar todo cuanto concierna sobre esta materia en relación con las explotaciones que a lo largo de la historia hayamos conocido o hayan sido motivo de indagación en este sentido.

Si en el paleolítico inferior del "Homo Erectus", comenzó la industria lítica, centrada en la fabricación de utensilios a partir de núcleos de piedra que desembocó con la construcción del primer hacha de mano (instrumento cortante consistente en un mango de madera y una hoja plana pulida de sílex, sujeta al extremo más alejado de su empuñadura) utilizadas en África, Europa y Asia, en contraste, con el desarrollo incipiente de la técnica del lascado para conseguir fragmentos con bordes afilados, para cortar, partir, sajar, pelar, seccionar o recortar, que sólo se realiza en Europa; en el paleolítico medio del "Homo Sapiens", se moderniza y progresa el sistema de lascado, obteniendo láminas extremadamente delgadas y afiladas, aptas como puntas agresivas, que desempeñaron el papel desencadenante de la implantación de las armas de caza y defensivas.

Posteriormente, en el paleolítico superior, aumenta enormemente el número de tipos líticos, con respecto al periodo anterior, haciendo más selectiva la explotación de materias primas y más frecuente el aprovechamiento de recursos físicos procedentes de lugares alejados, perfeccionando los útiles y acoplándolos a las conveniencias que van surgiendo en el proceso evolutivo de la especie.

En definitiva, fue una industria organizada sistemáticamente a lo largo de miles de años, con fines de conseguir materiales de gran dureza y durabilidad para fabricar, herramientas, armas y todo tipo de piezas que se ajustaran a los propósitos de los propios sujetos agrupados en aras de sobrevivir y reproducirse. Esta muestra de actuaciones, se proyectaron en el abanico de acciones en superficie, cielo abierto y en zonas al descubierto, cuya identidad ha sido expresada como el principio de la extracción de materiales del suelo, que se prolonga en el tiempo hasta nuestros días, y, que se definiría por las primeras civilizaciones, como minería.

Continuará con el siguiente capítulo.